



El jardín

David Lorenzo Magariño. Burgos. 23 años.

Este escritor burgalés nos sumerge en la atmósfera apacible de un hermoso y cuidado jardín al que todos admiran. Sin embargo, pronto la inquietud y un vago malestar harán presa en nosotros, los lectores, que asistimos impotentes a un desenlace terrorífico: *el relato de un hombre sencillo que lo que más aprecia de sus vecinos es su sencilla discreción.*

David fue uno de los finalistas del XXXVI Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla con *Los muertos salados*, obra que publicará en breve gracias a una ayuda para la edición concedida por el Ayuntamiento de Burgos; algunos de sus cuentos han sido seleccionados para publicar en otros certámenes.

El jardín

David Lorenzo Magariño

Yo soy un hombre sencillo: lo que más aprecio de mis vecinos es su sencilla discreción. Son todos ellos hombres con vidas tranquilas y costumbres buenas y bien arraigadas en sus corazones. Y cosas así se deben tener en cuenta a la hora de escoger el barrio donde uno quiere vivir. El mío se encuentra fuera de la gran ciudad. Es pequeño, no demasiado original con esas casas de dos pisos construidas en serie, todas iguales, sin encanto alguno. Posee una plaza redonda e insulsa y un descuidado parque de recreo. La única ventaja es la de poder disponer de una amplia parcela de tierra donde trabajar e invertir agradablemente las lánguidas jornadas de ocio. Personalmente, es ésta la única pasión a la que con mis años aún puedo entregarme sin recelos. Mi jardín es el más notable de todo el barrio, lo sé, la gente lo piensa, aunque no siempre lo dice, pero todos lo saben. Hace poco recibí en mi terraza al señor T. y a su esposa. El señor T. es comisario, un hombre amable y rudo y con un frondoso bigote, y su mujer, que es maestra de educación primaria, me comentó lo encantador que encontraba mi jardín. El señor T. frunció el ceño y dijo:

—Es muy bello, ciertamente...

Y no son éstas palabras que él suela dedicar precisamente a cualquier cosa. Y es que es muy cierta la belleza de mi jardín. Adoro la llegada de la primavera, cuando esos colores y olores exóticos hacen enfebrecer todos los sentidos de las almas perceptivas. Traigo algunos especímenes de muy lejos, de más allá del océano, sólo para dejar que reluzcan sus especiales encantos aquí, en este barrio apartado y anónimo, donde nadie supondría encontrar tales maravillas. El

año pasado la Asociación de la Mujer Futura, un grupúsculo de féminas aburridas y encadenadas a sus maridos, tuvieron a bien hacerme una visita con motivo de las fiestas de verano y todas ellas quedaron prendadas de aquel espectáculo de vida palpitante.

—Este lugar —dijo la presidenta— es el reflejo indudable de una persona sensible y exquisita como usted. En su jardín pone toda su alma. Es una lástima que no esté casado. Cualquier mujer sería afortunada de compartir su vida con un hombre capaz de tanta poesía, reflejo de un mundo interior insospechado, rico y radiante...

A lo cual respondí con una sonrisa complacida y una nueva jarra de té. No se me escapó desde luego la alusión, en el fondo amistosa, a la desgraciada y precipitada muerte de mi mujer hacía ya casi tres años, debida en gran parte a una enfermedad nerviosa degenerativa que puede acabar con sus pacientes en muy poco tiempo. Fue precisamente después de aquello cuando empecé a volcar tanto esfuerzo en el mantenimiento de mi jardín, al principio como terapia, como defensa psicológica ante el insuperable peso de la tragedia. Algunas de aquellas mujeres entendían que un hombre como yo no debía vivir solo en una casa tan digna de una alegre y feliz vida familiar. Eso a pesar de que secretamente las enternecía esa fidelidad conyugal que trasciende a la misma muerte, esa carga poética conmovedora que veían en mí. Quizás por ello insistieron en que accediera a participar en sus actividades mensuales. Concretamente deseaban que yo impartiera a sus afiliadas unas charlas sobre jardinería. Después de tantas adulaciones no pude negarme. Incluso recuerdo haberme sonrojado al aceptar su propuesta. Por supuesto, fue tal el éxito y la afluencia de público, entre el que se encontraba un número considerable de suspicaces varones, que quisieron que continuara mi labor organizando todo un curso sobre el tema. A esto, por desgracia, no pude dar la misma respuesta. Temo que inclu-

so llegué a rozar la descortesía al aducir que deseaba disponer de mi tiempo libremente para continuar trabajando en mi pequeña y personal obra de arte. No por ello, observé, quedó ofendida conciencia alguna, hecho que agradezco y estimo sinceramente, pues, como digo, en esto valoro las virtudes de mi humilde, pero humana, mancomunidad. Algo que se hace especialmente necesario cuando tienes tres cadáveres enterrados en el suelo del jardín.

Fue también durante aquella época cuando entablé relaciones con el señor R. El señor R. había asistido a mis coloquios y había mostrado en ellos tanto interés por las plantas, flores e insecticidas naturales como paciencia en las formas del trato entre personas de ámbitos muy dispares. Tenía de hecho un don natural para la conciliación y la diplomacia, así que no me sorprendió demasiado que me confesara albergar ambiciones de índole política con respecto a la alcaldía del ayuntamiento, cuyas elecciones iban a celebrarse en breve y en las que él personalmente había puesto muchas y sinceras expectativas. Para entonces se había establecido entre nosotros ya una amistad sólida e igualmente sincera que iba más allá de un contacto superficial y puramente amable. Me pidió, aún con timidez, pues era tímido de carácter para las cosas íntimas y profundas, que le prestara mi apoyo público, pues pensaba que mis influencias, especialmente entre las damas maduras, podían hacer mucho bien a su campaña, por otra parte humilde y sin presupuesto real. No me negué, a pesar de mis propias dudas acerca de la supuesta eficacia electoral de mi aún más humilde apoyo. Luego, al ver cómo le animaba mi aceptación, decidí no insistir más en ese punto. Lo último que deseaba era hacerle dudar de sus posibilidades, ya que, como bien sé, uno es capaz de abandonar cualquier cosa verdaderamente útil si posee un ánimo poco preparado para llevarla a cabo.

De cualquier modo, el señor R. ganó un puesto de conce-

jal en el consistorio. El éxito de su empresa debe entenderse más debido a la libertad de nuestro sistema electoral, por tanto libertad de nuestros electores, y también más a su conmovedora e ingenua campaña, apetecible es la palabra, que a mi propio protagonismo en la misma, que nunca fue excesivo. El señor R., satisfecho, agradeció mi ayuda con efusión, y nuestros lazos afectivos fueron aún más estrechos en los meses siguientes, prestándole yo ayuda y consejo siempre que fuera necesario.

Por entonces, mi jardín se encontraba en el apogeo de su belleza y esplendor. El señor P., un pobre hombre consumido por el insomnio, lo admiraba continuamente por encima de la valla que separa nuestras parcelas. Me decía:

—Hermoso, muy hermoso...

Y en ocasiones le invitaba a tomar té o café en mi casa, invitación que siempre declinaba después de agradecerme la diez o doce veces.

—Pero hermoso, muy hermoso su jardín, sí señor...

Y era bien cierto que mi jardín estaba impecable. Recibí incluso la visita del párroco de la iglesia, el señor V. Acostumbra este curioso personaje a dar largos paseos a cualquier hora del día, durante los cuales reza al Padre y medita sobre sus hijos. El señor V. se detuvo un día en la cancela.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días, señor V. ¿Ha visto?

—¿El qué? —preguntó.

—Pues estas asiáticas, que no acaban de crecer...

—¡Ah! Si todos los hombres dedicaran su paciencia y haber como usted en su jardín...

El señor V. era solitario y amargo. Le incomodaban los

tiempos modernos, no llegaba a comprenderlos. Se obstinaba en desentrañar su sentido, pero hacía tiempo, pienso yo, que había abandonado sus investigaciones para dedicarse por entero a las almas, única verdad capaz de conmoverle todavía.

—Nunca hay que olvidar, hijo mío, que el Padre pone la tierra, pero que espera de sus hijos el que sepan aprovecharla para nuestra gloria y la suya...

—Yo aprovecho la tierra, señor V., se lo aseguro...

El señor V. asentía y se iba diciendo más para sí que para otros:

—Muy cierto, hijo mío, muy cierto eso que dices, demasiado cierto...

Así pasaba el tiempo. Cuando llegó nuevamente la primavera, decidí dar una pequeña fiesta nocturna para mis más allegados. El motivo, un nuevo y raro ejemplar que había plantado hacía poco. De crecimiento rápido, mostraba sus encantos bajo la luz de la luna y las estrellas. Vinieron hombres y mujeres, disfrutamos y hablamos y comimos y bebimos. Durante la velada, que transcurrió muy agradable, noté yo una extraña tristeza en el señor R., una tristeza distinta y más grave de la habitual. En un determinado momento de la noche, hice un aparte con él y le pedí que me explicara el motivo de su aflicción. Al principio renuente, pronto se desató su lengua. Su hijo pequeño estaba gravemente enfermo, de aquello algo yo sabía, y necesitaba operarse con urgencia. La operación era costosa y complicada y él no podía permitírsela. Por eso y con ese único fin, esto no logré sacárselo sin mucho esfuerzo por mi parte y algunas lamentaciones por la suya, había logrado desviar dinero de los efectivos del ayuntamiento con ayuda de otro funcionario que estaba en perfecta disposición de realizar ese tipo de transacciones. La intervención de su hijo parecía

deseo capaz de cumplirse en breve. Pero el funcionario le había traicionado y no dejaba de pedirle dinero a cambio de su silencio. El muy cabrón se las había ingeniado para borrar su presencia de todo el asunto. El señor R. estaba muy excitado y nervioso. No había querido contar nada a nadie, pero ya no sabía qué hacer. Le pedí el nombre del funcionario y le aconsejé que no se preocupara más que por su hijo.

Al día siguiente, llamé al ayuntamiento y contacté con el hombre en cuestión desde un teléfono público. No le di mi nombre, sólo le aclaré ser amigo del señor R. le expliqué que le llamaba por un asunto de dinero que estaba dispuesto a resolver cuanto antes. Él comprendió. Concertamos una cita. Para no levantar sospechas, me dijo, mejor que fuera por la noche. Me habló de una vieja fábrica abandonada. Dos días más tarde. Acepté. Pedía una suma desorbitada, pero por sus palabras, su tono y demás deduje que no era más que un aficionadillo, un aficionadillo sin escrúpulos, pero un chapucero al fin y al cabo. El día marcado tomé el coche y fui hasta allí. Enseguida apareció el sujeto. Bajó de su vehículo, un modesto auto con una carrocería desvencijada. Intentaba aparentar fuerza y seguridad, pero no lo conseguía en absoluto. Me preguntó por el dinero. Le dije que no sabía nada de ningún dinero. ¿Que quién era yo? Estaba muy asustado. Nervioso. Era un simple estúpido. Su muerte no suponía pérdida alguna para el mundo, eso puedo asegurarlo. Le dejé inconsciente y me lo llevé a casa. Allí le inyecté un producto químico para fortalecer las raíces de las plantas. Murió en pocos minutos. Le enterré esa misma noche en el jardín, junto al cadáver de mi mujer (aquella zorra que estuvo a punto de acabar con mis nervios). La noticia de su desaparición, el hallazgo de su coche, las pesquisas de la policía, nada de eso me preocupó demasiado. Trabajé en mi jardín. El señor P. me preguntó que qué pensaba hacer con toda aquella tierra removida.

—Estoy abonando —le respondí.

—¿Plantará alguna cosa bonita?

—Por supuesto —dije— crecerán cosas preciosas aquí.

Nadie parecía sospechar nada. El asunto tuvo mucha resonancia dentro del ayuntamiento, pero se hablaba siempre de desaparición, nunca de asesinato, una medida de precaución pública muy acertada en un lugar como éste. El único que me dio algún problema fue el perro de unos vecinos que viven en mi misma calle, la señora T. y el señor D. El señor D. y la señora T. se llevan bien conmigo. Ambos habían acudido a alguna de mis clases de jardinería y manteníamos una relación cordial. Pero el perro olió el cuerpo aún fresco y me lo encontré un día husmeando dentro del jardín, muy cerca del área donde había cavado la tumba del chantajista. El animal aullaba y lloriqueaba de un modo que no me gustaba nada. Así que lo maté y lo enterré junto a los otros dos.

—¿No está usted abonando demasiado? —quiso saber el señor P.

—Nunca se abona demasiado —le dije yo.

El señor V. me hizo otra visita poco después. Apareció de improviso. Parecía más anciano que la última vez.

—¿Usted nunca va a la iglesia? —me preguntó.

—No, nunca voy a la iglesia —le respondí.

—Debería usted ir más a menudo, ¿por qué no lo hace? Le prometí ir a la iglesia el domingo siguiente.

—De todos modos no me gusta descuidar mi jardín —repuse.

El señor V. no parecía muy convencido.

—A veces la llamada del señor nos exige ciertos sacrificios insoslayables...

—En eso tiene usted razón, señor V., mucha razón...

Y el viejo se marchó a pasear, algo más satisfecho de si mismo.

El domingo fui a la iglesia. Oré y canté con el mismo fervor demostrado por todos los presentes. A la salida me quedé hablando y saludando a toda la concurrencia. Era un día luminoso, frío y alegre. Me encontré al señor T. y a su esposa. Les invité a tomar el té en mi casa esa misma tarde.

—¿Han descubierto ya algo de aquel hombre? —le pregunté.

—No, aún no. Pero hay algo sospechoso. Al parecer en menos de dos meses el desaparecido había intentado extorsionar a varios miembros del ayuntamiento. Pero ninguno sabe nada... En fin, esto es información reservada, no debería estar hablando de ello. Es algo profesional. Confío en usted para que no lo difunda...

Por supuesto, el señor R. tenía algo más que una ligera idea de lo que había ocurrido. Una tarde, fui a pasear con algunas de la Asociación de la Mujer Futura. Por el camino nos encontramos al señor R. y a su familia. Estaban él, su esposa y sus hijos, dos chicos fuertes, sanos y sonrientes. El señor R. me miró muy fijamente y luego bajó la cabeza. Yo le sonreí y su mujer me devolvió la sonrisa.

—¿Dará usted este año esas charlas que tanto nos gustaron el año pasado? —me preguntó la presidenta de la Asociación —¿No sabe cuánto nos complacería!

—Tal vez —respondí.

Porque yo soy un hombre sencillo: lo que más aprecio de mis vecinos es su sencilla, ¡magnífica discreción!